

## VIDA Y MUERTE DE LOS MONJES DE LA ABADÍA FRANCESA DE RANCÉ

Antoine De Beacque

Traducido y comentado por Guy Rozat

INAH-Veracruz

Contacto: grozat@gmail.com

---

---

Al principio habíamos encontrado solo un texto que nos parecía interesante para entender ciertos comportamientos religiosos extremos en los siglos XVI y XVII. Pensábamos presentarles así un simple pequeño texto extraído del libro de Antoine De Beacque, *En d'atroces souffrances*, editado por Alma Editor en Paris en el 2015. Este ensayo forma parte del capítulo 2 intitulado “El gran teatro de la agonía” y trata de la vida, o más bien de la muerte, de los monjes de una abadía francesa a finales del siglo XVII. Pero, de hecho, varias lecturas de este texto nos llevaron a buscar más sobre estas prácticas inauguradas por el abad Armand-Jean de Rancé cuando entró como abad titular de la abadía de La Trappe.

Este personaje era ya “abad propietario”<sup>1</sup> de dicha abadía, pero a partir de 1664 alejándose de su vida mundana y de los coqueteos, abandona su vida de salones parisinos. De repente este “abad de corte”, aristócrata, sobrino de Richelieu<sup>2</sup>, decide a los 36 años olvidarse de su vida “libertina” y mudarse a este “desierto” de La Trappe.

Debemos tener clara la ruptura fundamental que inaugura Rancé cuando decide marcharse hacia La Trappe. Él, un gran funcionario religioso de salón e internacional, decide encerrarse poco a poco en el “desierto” de La Trappe, una institución casi arruinada. Este encierro es realmente la voluntad de morir al mundo, un viaje sin regreso cuyas razones dieron mucho que pensar a sus contemporáneos. No es un personaje anodino, ya que de joven fue estudiante destacado en sus estudios teológicos y pronto ocupó una serie de puestos importantes en la iglesia de Francia y al servicio del Estado.

---

<sup>1</sup> El abad propietario es el individuo que recibe los ingresos de un bien de iglesia, aunque no resida ni se interese en esta institución sino solo en sus ingresos para asegurar su estilo de vida aristocrático.

<sup>2</sup> Armand Jean du Plessis (París, 9/09/1585- 4/12/1642) cardenal y estadista francés, duque de Richelieu, duque de Fronsac y Par de Francia y primer ministro de Luis XIII. Fue uno de los personajes más acaudalados de su época.

Sabemos que tuvo relaciones “privadas” (siempre sujetas a sospecha) con María de Bretaña, Duquesa de Montbazon quien murió en 1657. Estaban “muy unidos”, probablemente demasiado porque la habían casado muy joven con el viejo Hércules de Rohan-Montbazon, libidinoso y obsesivo, ex gobernador de París, cercano a Enrique IV. Éste formó parte de las grandes figuras sociales de la época de la Fronda. Las malas lenguas decían que el joven Rancé se beneficiaba de los favores de esta generosa viuda. Importa poco que haya sido o no amante de madame de Montbazon, pero su relación no puede reducirse a coqueteo, aventura o simples juegos de seducción.

A finales de abril de 1657, una “fiebre púrpura” se apoderó repentinamente de Madame de Montbazon: probablemente escarlatina o sarampión. Muere a los pocos días, pasando de las celebraciones y las hermosas conversaciones al testamento y la confesión general<sup>3</sup>. La duquesa murió sin que Armand-Jean pudiera volver a verla en vida. Pronto éste se sintió muy mal y regresó a su casa. Huyó de París y se encerró en su hermosa finca de Touraine en Véretz. Allí comenzó una vida penitente de lecturas, meditaciones y oraciones, buscando imponerse todas las austeridades posibles. Estaba en busca de una nueva regla de vida “más santa”, sin pensar todavía en la vida monástica.

Rancé temía que Marie no hubiera muerto en estado de gracia y que, como resultado, posiblemente estuviera condenada al fuego eterno. Lo que lo llevaría a él mismo a una posible condenación como cómplice de su terrible destino. Según su biógrafo Gervasio, Rancé cambió de actitud: “Una melancolía oscura y negra reemplazó este aire alegre y agradable que siempre había acompañado al Padre Abad hasta este momento fatal.” Empezó así un lento trabajo de conversión. La búsqueda de una nueva y rigurosa regla de vida.

Durante todo el siglo XVII las reformas monásticas fueron numerosas, pero Rancé pretendió regenerar La Trappe, con un austero y riguroso regreso a las reglas auténticas de la vida benedictina.

Uno de los símbolos de este rigorismo religioso fue la reforma de las leyes de la enfermería que parece, antes que todo, no un lugar de prácticas médicas sino más bien el mejor y más rápido viático para alcanzar el más allá. En esta enfermería se desarrollaron un conjunto de escenas que se encadenan en lo que llama De Beacque, el *espectáculo de la agonía*.

---

<sup>3</sup> Se cuenta que, al entrar en la habitación de la difunta, Armand-Jean vio la cabeza cortada de Marie, su cadáver ensangrentado y desmembrado y el ataúd abierto, como se acostumbraba en aquella época para los múltiples entierros de los cuerpos de las grandes figuras.

Todo monje que entra en “La Trappe reformada” pone en juego, de hecho, no solo su salvación religiosa sino su existencia misma. Lo que buscan, efectivamente, es la muerte. Pero como el suicidio está prohibido, ya que la vida pertenece solo a Dios, ninguno de estos monjes puede atreverse a provocar su muerte. Es por eso que es en la enfermería<sup>4</sup> donde todo se jugará, cuenta De Beacque.

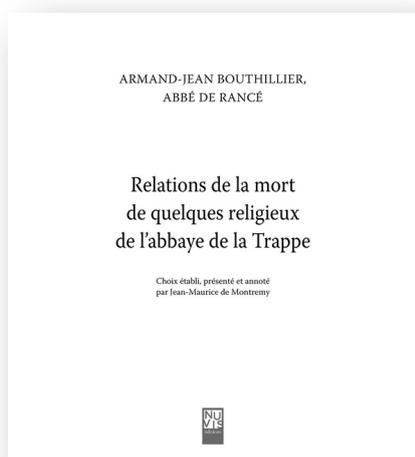


Imagen 1. Portada de libro.

La enfermería, antesala de la agonía, no podía ser considerada como el lugar de un posible, aunque improbable, regreso a la vida. La estancia en la enfermería juega un papel fundamental: se trata de alargar la duración de los sufrimientos de los monjes a fin de que el doliente viva su propio viacrucis. Por eso ahí no existen marcas de confort como en ninguno de los otros lugares de La Trappe. Los propios religiosos se escandalizarían por esta molicie.

Así fue que 6 años después de la entrada de Rancé se adoptó el reglamento en 10 puntos por consentimiento de todos los religiosos:

- 1) Que los médicos serían excluidos para siempre de las enfermerías de La Trappe, como personas que sólo servirían para mantener a los religiosos en la molicie y la impenitencia. El Padre Abad había hecho comprender a sus monjes que eran discípulos de Jesucristo y no de Hipócrates; que éste enseñaba a conservar el cuerpo a expensas del alma, y que aquel enseñó a perder su vida para salvar su alma.
- 2) Que los enfermos nunca estarían postrados en cama; que se levantarían todos los días a las tres y media y se acostarían cuando se acueste la comunidad; que recitarían juntos *maitines* y *primas* en la enfermería; que asistirían a todos los servicios del día en el coro de los enfermos; que el resto del día lo pasarían leyendo, orando y

---

<sup>4</sup> Espacio muy ambiguo, como lo muestra la edición moderna de los relatos de agonía publicados por Rancé, *Relations de la mort de quelques religieux de l'abbaye de la Trappe*.

haciendo trabajos manuales proporcionales a sus fuerzas, sin jamás hablar entre ellos, ni siquiera ver lo que pasaba en la enfermería.

3) Se prohibieron los colchones y las mortajas; así como almohadas de plumas. Un simple colchón de paja y una mesita de noche de la misma naturaleza era todo el alivio que les daban. Pasan la noche en esta dura cama completamente vestidos, incluso con el hábito, como pasan el día en una silla de paja, no se les permite apoyarse en ella ni acurrucarse contra ella, por lo que día y noche es una cruz perpetua. Vemos enfermos que, al no haber podido descansar durante toda la noche, quemados por el calor de la fiebre o atormentados por otras dolencias más agudas, se levantan a las tres y media al primer toque de campana o se hacen levantar por el enfermero cuando no tienen fuerzas para levantarse de la cama. Vimos a algunos expirar en brazos del enfermero que los levantaba.

4) La alimentación es proporcional a esta austeridad; el uso de caldos de carne sólo es apropiado después de cuatro o cinco ataques de fiebre, es decir, cuando la enfermedad es casi irremediable; aun así, son sólo los cobardes y los débiles los que aceptan este alivio que se les ofrece, los demás perseveran hasta el último aliento sin romper el ayuno ni la abstinencia.

5) Van a la iglesia a recibir los últimos sacramentos, apoyados en el brazo del enfermero, y regresan a recostarse sobre ceniza y paja a esperar el momento feliz que los reunirá con Jesucristo. Entonces toda la comunidad se reúne alrededor de su pira para hacer la recomendación del alma y para presenciar la generosidad con que estos hombres todos divinos dejan esta vida presente, y el desprecio que le muestran.

6) Si alguien regresa y convalece, lo cual es bastante raro, el alivio que se concede es muy sencillo. Está prohibido el uso de vino y aves; nunca asar, ni guisar, ni siquiera carne por la noche. Todo el manjar consiste en una sopa al mediodía, sobre la que se añade un pequeño trozo de carne de ternera o cordero. Dos huevos duros y una manzana cocida componen toda la cena. Aun así, en este estado, se reprochan su cobardía y su inmortificación. Generalmente es necesario recurrir a amenazas para obligarlos a tomar estos débiles alivios.

7) No estamos hablando aquí de galletas, mermeladas, jarabes, azúcar u otros dulces de uso común entre los enfermos “en el mundo”, estaban prohibidos desde hacía mucho tiempo; habría sido un crimen encontrar el más mínimo vestigio de éstos en el monasterio.

8) No hay botica y nunca compramos drogas. Así, con excepción de las sangrías y de un cierto polvo purgante del que se diluyen cuatro denarios en un vaso de agua cuando es necesario purgar a un enfermo, todos los medicamentos están excluidos de esta escuela de penitencia. Nunca usamos un enema, sería un crimen y una inmodestia en la que ni siquiera podemos pensar.

9) Por muy duro que sea el invierno, nunca se enciende un fuego en la enfermería hasta después del *Prime*. Así, los enfermos que han estado despiertos desde tres horas y media permanecen hasta seis horas sin fuego, sea cual sea el estado en que se encuentren. Hay que haber pasado por esta prueba para juzgar la dureza de esta penitencia para los enfermos que a veces se encuentran en este intervalo con el escalofrío de la fiebre. Después de las *Complies* dichas en la iglesia, ya no hay fuego en la enfermería.

10) Por muy santa que sea esta vida de los religiosos de La Trappe, no están exentos, de la misma manera que en plena salud, de correcciones, humillaciones y

penitencias. Una vez a la semana, el Padre Abad o el prior viene a celebrar el capítulo de los enfermos. Allí, se acusan a sí mismos o se les acusa de los errores que pueden haber cometido en contra de estas reglas: se les hace conscientes de su importancia. A esta corrección le sigue una penitencia acorde con su estado de enfermedad.

Éstas son las leyes de la enfermería de La Trappe.

Finalmente, pareciera que los monjes entran a La Trappe, no solamente para morir al mundo, sino simplemente para morir lenta y dolorosamente. Pero no mueren solos, sino acompañados por Rancé y toda la comunidad. Rancé orquestará el fin de alrededor de 100 monjes desde su llegada a La Trappe, en 1664, hasta su propia muerte en 1700.

No debemos olvidar que incluso antes de la agonía y la muerte, la Regla organiza la existencia cotidiana de los monjes alrededor del sufrimiento. Por ejemplo, las horas de sueño deben ser lo más incómodas posible. En cuanto a la alimentación, esta no debe ser grasosa. La Regla trapista impone el magro generalizado. Incluso se llega al “ultra magro” durante el Adviento y la Cuaresma. Campeona del rigor, ciertos periodos de “grandes austeridades” maravillan o espantan a los testigos:

Quienes quieren eximir a los solitarios de vivir en una rigurosa austeridad, escribe Armand-Jean desde el principio (se dirige a los mixtos), imaginan que les liberan de un yugo que sólo llevan a pesar de sí mismos y con pesar, y no se dan cuenta de que les están arrebatando de las manos la tabla que les queda para salvarse del naufragio. Que el único consuelo que tienen los solitarios en este mundo es vengar de sus personas, con el sacrificio de sus vidas, el daño que han hecho a la majestad de Dios, y dar testimonio de Él, con la grandeza de esta renuncia, el exceso de su dolor. La sola visión de la desgracia que tuvieron que disgustarle les hace desear ardientemente la muerte no sólo para castigar sus pecados, sino también para no cometer más; y consideran con alegría todas las acciones penitenciales que componen el estado de su vida como instrumentos del suplicio al que voluntariamente se han condenado.<sup>5</sup>

Cercano a Rancé, Dom Gervasio –que será uno de sus sucesores inmediatos- lleva testimonio de este rigorismo:

[Los primeros años] se vivía en La Trappe como se vive en todas las casas de la Estrecha Observancia y en todas las Comunidades que han abrazado la regla de San Benito. Esto es todo lo que el señor de Rancé había podido hacer en el poco tiempo que había mantenido en orden esta Abadía, después de haber ahuyentado el desorden y la abominación que antes reinaban en ella. Cualquiera que no fuera él habría pensado que había hecho mucho y lo habría dejado así. Pero esta gran alma sólo veía esta forma de vida como un esbozo de lo que Dios exigía de él. A su regreso de Roma [1666], comenzó a eliminar el uso de pescado y huevos, vendió toda la platería de su iglesia, la redujo a la sencillez de los primeros cistercienses; retiró a sus religiosos del ministerio de confesiones y predicación, para privarlos de todo comercio con

---

<sup>5</sup> Jean-Maurice de Montremy, Introducción, *Relations de la mort de quelques religieux de l'abbaye de la Trappe*, París, Nuvis, 2023.

personas de fuera, desterró del monasterio todos los estudios reglados y los sustituyó por el trabajo manual.<sup>6</sup>

Este régimen era tanto más duro puesto que Rancé restableció el trabajo manual, que reemplazó en parte la lectura y comentario de la Biblia o de las obras de espiritualidad: los monjes consagraban tres horas por día, mínimo, al trabajo en el campo o en caso de mal tiempo, para entretener el monasterio. Nada de refresco posible durante el verano, la calefacción reducida en invierno, todo ocurría en un silencio riguroso, la comunicación se hacía solo por gestos. El intercambio de cartas y visitas estaban prohibido, salvo algunas excepciones.

Con el tiempo las condiciones de vida se volvieron más y más difíciles. La dureza de los jergones aumentó; antes, éstos no eran cosidos, se podía remover la paja todos los días y lograr hacerse una cama bastante agradable. En adelante se les redujo a una tal rigidez “que una tabla unida sería más soportable”. Se añadió a la incomodidad del dormir la práctica de dormir con la cogulla del monje. “En fin, concluye Dom Gervasio, estos felices penitentes solo empezaron a mirar su monasterio como una tumba donde querían enterrarse para reunirse más pronto con Jesucristo”.<sup>7</sup>

El principal trabajo de los monjes de La Trappe siguió siendo el servicio de Dios. La oración y los oficios ocuparon mínimo 8 horas del día y un poco más los domingos y días de solemnidad. En resumen, un religioso de La Trappe en tiempo de Rancé se encontraba presente en el coro 6 horas, consagraba otras 6 al trabajo manual, 5 a la “conversación con Dios” y 7 a un sueño siempre cortado por muchos despertares para asistir a misas y oraciones.

Hacían solo una comida al día, entre las 4 y 5 horas de la tarde. Pero es probable que la mala alimentación que ingerían durante esta comida no fuera suficiente para sostenerlos durante 24 horas. Así las fuerzas le faltaban a la mayoría; se caían de inanición. Sin embargo, añadieron a su penitencia otra práctica que se puede considerar como una de las más mortales. Consistía en estar siempre descalzos, el día del viernes santo, desde *Prima*, que empieza a las 4:30, hasta la adoración de la cruz que no termina antes de las 14:00 horas de la tarde y, además, de cantar los 150 salmos.

En resumen, el canto durante 10 o 12 horas, con los pies descalzos en una casa muy húmeda acompañado de un ayuno con pan y agua, reducía los cuerpos a una tal extremidad que no había casi ningún año en que un viernes santo no costase la vida a

---

<sup>6</sup> Op. Cit.

<sup>7</sup> Op. Cit.

algún religioso. Incluso se ha podido hablar de “piadosos suicidados”, como lo expresó Chateaubriand en su *Vida de Rancé*. Así, sin buscar sistemáticamente morir, el monje de La Trappe no descartaba jamás la austeridad por el simple motivo que podría costarle la vida.

Los contemporáneos de Rancé insistieron sobre la calidad de su presencia que daba a estas hazañas ascéticas un poco de humanidad y, de una cierta manera, empujaba a ser aún más rigurosa y dolorosa su vida y su muerte:

No es posible a la debilidad humana, escribió Gervasio, de sostener este estado de sufrimiento sin alguna poderosa ayuda. Es por eso que el abate se hizo un deber todos los días a sus enfermos, de consolarlos, de animarlos con esta palabra eficaz a la cual todo se rendía. Se trataba antes que todo de ir siempre hacia más dolor enfrentando a la muerte.<sup>8</sup>

Pero uno de los momentos más impresionantes seguía siendo el ritual de poner al moribundo sobre la paja y la ceniza. Ceremonia a la cual se sumaba la comunidad entera. Se cambiaba al religioso y se le revestía del hábito con el cual sería enterrado. El moribundo pasaba así su cuerpo de ceniza a su cuerpo del futuro, en esta eternidad del cuerpo glorioso de los que su penitencia había rescatado.

Cuando empezaba finalmente la agonía, se buscaba al abate. Durante estos instantes un monje recorría el monasterio golpeando una maderita con un martillo, convocando a la asamblea. Al oír la tablilla el moribundo estaba feliz. El abate se inclinaba hacia el religioso, lo interrogaba, lo guiaba y animaba. Intercambiaban versículos de la escritura en medio de los monjes que los rodeaban y oraban. Después seguía la última palabra, el punto más extremo, el “más grandioso”, el más importante. A Rancé le importaba mucho que el moribundo fuera plenamente consciente; que en consciencia sellara su redención con un supremo acto de fe en Dios y por un confiado abandono al amor divino.

La preocupación por la “buena muerte” fue heredada de la edad media y reforzada por la exigencia de la fe. No había nada peor que una muerte súbita, sin tiempo de prepararse, o una muerte en la cual el moribundo no puede pronunciarse con plena consciencia. Nada es más espantoso que una muerte sin los últimos sacramentos, sin confesión ni absolución de las faltas. Para Rancé esta preocupación se volvió una obsesión. Como él, los demás religiosos esperaban con impaciencia la etapa de la paja y

---

<sup>8</sup> Op. Cit.

de la ceniza. Manifestaban su decepción cuando Rancé la retardaba, juzgando que el enfermo aún podía curarse<sup>9</sup>.

El núcleo de estas *Relaciones*<sup>10</sup> lo irá perfeccionando Rancé a la medida que iba creciendo el número de reclutas y el número de muertos. En estos relatos el abate empieza por recordar la vida llevada “en el mundo” por el difunto, después subraya el entusiasmo con el cual éste, tras haber rechazado su vida disoluta, reclama una Regla siempre más exigente y sufrimientos siempre más duros. Finalmente se concentra en lo esencial: la enfermedad fatal. Insistiendo en la marcha hacia la agonía:

Dios eligió el tipo de castigo con el que quería que Dom Joseph cumpliera su penitencia, porque lo golpeó con una grave enfermedad en la que se produjo gangrena en un lugar muy incómodo y doloroso en su muslo: y como muchas veces nos veíamos obligados a cortar la carne viva, sufrió fuertes dolores durante dos semanas. Sin embargo, soportó su enfermedad y todas las operaciones que se le realizaron con admirable paciencia.

Llegado el fin de sus días, recibió los últimos sacramentos y después de ser puesto sobre las cenizas según la costumbre de la Orden, mientras los religiosos estaban en la iglesia, entregó su alma a Dios, diciendo incluso tres veces Jesús.

El que estaba cerca de él escuchó estas palabras pronunciadas más fuerte que de costumbre, creyó que él se sentía mejor y que era algún sentimiento extraordinario de dolor lo que le hacía pronunciarlas así. Entonces murió sin que nadie se diera cuenta.<sup>11</sup>

El abate precisa en el texto que el ceremonial se hacía según “el uso de la Orden”<sup>12</sup>.

Rancé no tardó en hacer circular estos textos de agonía. El choque provocado en el público por las *Relaciones* suscitó un flujo no de rechazo, si no al contrario, un incremento notable de vocaciones. Dichos relatos provocaron realmente un gran impacto ya que las demandas de admisión a La Trappe fueron creciendo, especialmente entre la nobleza. Nuevas *Relaciones* fueron redactadas en 1683 y después en 1691.

Eran 45 religiosos en 1676, 51 en 1684, 62 en 1686 y cerca de 90 en 1700 a la muerte de Rancé. Este incremento no es el signo de un mejor confort, ni de una

---

<sup>9</sup> Obsesionados por esa angustia del Gran Siglo: todo hombre puede ser salvado hasta el último momento, por un arrepentimiento personal, manifiesto y lúcidamente afirmado.

<sup>10</sup> La palabra *Relación* debe entenderse aquí en sentido jurídico: es un informe, un testimonio, no una simple narración.

<sup>11</sup> Jean-Maurice de Montremy, Introducción, *Relations de la mort de quelques religieux de l'abbaye de la Trappe*, París, Nuvis, 2023.

<sup>12</sup> Este camino a la muerte retoma y reinventa, acentuando aún más los rasgos doloristas, las tradiciones de agonía de la cual testimonia la regla de San Benito en el siglo VI y, después, la reforma de Cîteaux, sostenida por San Bernardo en el siglo XII. Es por estos relatos que la regla de La Trappe se hace conocer. En 1678 el abate compone una primera recopilación de 6 relatos agrupados en *Relaciones de la muerte de algunos monjes de La Trappe*.

dulcificación de la Regla, al contrario, la tasa de mortalidad siguió siendo muy elevada, tratándose de hombres venidos por lo general de un medio favorecido:

Uno de los mejores biógrafos de Rancé, Alban John Krailsheimer, basándose en el registro mortuario de la antigua Trappe... enumera 427 religiosos que murieron desde el inicio de la reforma hasta 1739. La tendencia siguió siendo fuerte, tanto más alarmante si se tienen en cuenta los grupos de edad:

— 100 muertes de 427 fueron menores de treinta años.

— 129 tenían entre treinta y cuarenta años.

— 138 entre cuarenta y cincuenta.

— 60 tenían más de sesenta años.

Es difícil establecer la esperanza de vida en el siglo XVII, en una época en la que la mortalidad neonatal seguía siendo extremadamente alta. Si tomamos en cuenta no la totalidad de los nacimientos sino los niveles de edad alcanzados por los vivos y si excluimos a las mujeres para quienes el parto es una amenaza real, estimamos que un joven que llegue a la adolescencia puede aspirar a vivir, en tiempos de Luis XIV, hasta los cuarenta. Como se trata de una media, significa que al menos una de cada dos personas de cuarenta años en su generación alcanzaba los cincuenta años. Las cifras de La Trappe hablan por sí solas: 367 muertes de menores de cuarenta años sobre 427.<sup>13</sup>

Con estas últimas cifras se puede entender cómo la institución de La Trappe cumple realmente con su finalidad de preparar para la « buena muerte ». Muchos de estos monjes son personajes tullidos y que habían participado en las décadas de guerra del Rey Sol.

En 1696 Rancé revisa una última edición de las *Relaciones* nuevamente aumentada. Es el “gran espectáculo” de La Trappe, como la describirá Dom Gervasio. Espectáculo mórbido que responde al gran espectáculo de la corte, la cual está cada vez más y más fascinada por el “soberbio sufrimiento” de los monjes.

Las *Relaciones* también demuestran la permanencia de un tormento y un remordimiento inseparables de su conversión. Rancé renunció a París, a su fortuna y a sus propiedades para convertirse en monje “vestido”: un estado que hasta entonces le parecía el más indigno entre todos los estados religiosos.

### *Bibliografía*

ARMOGATHE, Jean-Robert, *Croire en liberté. L'Église catholique du temps de la Révocation de l'Édit de Nantes*, Ed. De L'OEil, Paris, 1985.

---

<sup>13</sup> Jean-Maurice de Montremy, Introducción, *Relations de la mort de quelques religieux de l'abbaye de la Trappe*, París, Nuvis, 2023.

- BREMOND, Henri, *L'Abbé tempête. Armand de Rancé, réformateur de La Trappe*, Hachette, Paris, 1929.
- CHATEAUBRIAND, François-René de, *Vie de Rancé*, Gallimard, coll "Folio" (avec des notes d'André Berne-Joffroy), Paris, 1986.
- DEJEAN, Joan, *Du style*, Grasset, Paris, 2006.
- DUBOIS, Louis, *Histoire de l'abbé de Rancé et de sa réforme*, Paris, 1866, 2 volumes.
- HERRIOT, Édouard, "Le tourment de M. de Rancé", *Dans la forêt normande*, Hachette, Paris, 1925.
- KRAILSHEIMER, Alban John, *Armand-Jean de Rancé, abbé de La Trappe*, Le Cerf, Paris, 2000.
- \_\_\_\_\_, *Florilège de lettres de l'abbé de Rancé*, Le Cerf, Paris, 1999.
- LE BRUN, Jacques, *Le Pur amour. De Platon à Lacan*, Le Seuil, Paris, 2002.
- MONTREMY, Jean-Maurice de, *Rancé, le soleil noir*, Perrin, Paris, 2006.
- RANCE, Armand-Jean, *Vie et mort des moines de La Trappe* (choix, présentation et notes de Jean-Maurice de Montremy), Mercure de France, coll. "Le temps retrouvé", 2012.
- \_\_\_\_\_, *Relations de la mort de quelques religieux de l'abbaye de La Trappe*, Paris, 1678-1696.
- \_\_\_\_\_, *Correspondance*, présentée et annotée par Alban John Krailsheimer, 4 volumes, Le Cerf/Cîteaux, Paris, 1993.